

MORENO DÍAZ DEL CAMPO, Francisco Javier y GÓMEZ VOZMEDIANO, Miguel Fernando (Coords.): *Paisajes de tierra y agua. Gentes y ecosistemas naturales en Castilla y La Mancha (Siglos XV-XVIII)*, Ciudad Real, Almud Ediciones de Castilla-La Mancha, Biblioteca Añil 88, 2022, 421 págs. ISBN: 978-84-124859-3-6.

Sandra Rodríguez de la Rubia Pérez
Universidad Carlos III de Madrid

En una comunidad célebre en el mundo entero por sus viñedos –de hecho, es la *mancha* de vides más grande del planeta–, los profesores Francisco J. Moreno Díaz del Campo (UCLM) y Miguel Fernando Gómez Vozmediano (Archivo Histórico de la Nobleza-UC3M), han establecido un necesario hito con la reunión de reconocidos investigadores que han profundizado en los variados aspectos naturales, socioeconómicos y culturales que han conformado el paisaje de la Castilla meridional, de lo que hoy es comunidad autónoma. El libro en cuestión es el feliz resultado de un proyecto regional de investigación, publicado en una prestigiosa colección (*Biblioteca Añil*), y que a buen seguro será una pieza fundamental en el actual debate de la Ley de Protección, Gestión, Ordenación y Fomento del Paisaje igualmente regional. Para ello, esta interesante monografía se abre con una parte general e introductoria del marco territorial de Castilla-La Mancha, en la que se nos explica la topografía y su variado conjunto de ecosistemas de esta también extensa región natural. Seguidamente, se va centrando en algunas de las comarcas que conforman el espacio geográfico e histórico castellano-manchego, para exponer así las particularidades de cada uno de sus paisajes.

Como bien nos explica el profesor Miguel Mejías (Instituto Geológico y Minero de España) en su *Caracterización del territorio*, Castilla-La Mancha forma parte de todas las unidades geológicas nacionales como son el Macizo Ibérico al noreste, la Cordillera Bética al suroeste, la cuenca cenozoica del Tajo-Mancha que atraviesa todo el territorio de la comunidad autónoma, así como el vulcanismo neógeno peninsular al suroeste. Hidrográficamente, es una comunidad bañada por los principales ríos de la península, a saber, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir y el Duero, creando una superficie rica en sistemas acuíferos a lo largo y ancho de su área, por mucho que éstos estén experimentando feroces ataques anticiclónicos. Estas características dotan a todo el área de una *Geografía y paisajes culturales* excepcionales dentro del ámbito nacional, como expone la profesora Carmen Cañizares (UCLM), la cual distingue agudamente cuatro tipos de paisajes: el *agrícola*, como es toda la comarca dedicada al viñedo en La Mancha; el *industrial y minero* como son las zonas de Riópar y Puertollano; los *históricos* de las ciudades de Toledo y Cuenca respectivamente; así como los *simbólicos*, como el camino de peregrinación al Cristo de Urda o las rutas de Don Quijote.

Más en concreto, la modernidad y la industrialización hizo que los *Paisajes rurales del siglo XVI en las tierras de La Alcarria* acrecentaran su población, lo que permitió, en palabras del investigador Francisco Fernández Izquierdo (CSIC), que los pueblos se ampliaran en torno a las iglesias parroquiales así como de los diferentes monasterios, como los de Oliva (Trillo) o Monsalud (Córcoles). A más, en el caso particular de la ciudad de Toledo, estos núcleos de población se concentraron en torno a la ribera del

río Tajo, como nos explica el arqueólogo Jesús López en su capítulo *El Tajo, tan poderoso y acrecentado*, este río constituía no solo una fuente de alimentación para la población (huertas, plantíos, pesca), sino que también permitía el desarrollo preindustrial de la ciudad. Ejemplo de ello fueron el *artificio* de Juanelo Turriano para elevar el agua del río a la ciudad a la sombra del Alcázar real, salvando un desnivel de más de 90 metros. Mención aparte merece la navegabilidad del río, pues pese a los intentos de Felipe II o del Conde-Duque de Olivares de hacer del río Tajo una vía de comunicación directa con el reino de Portugal (con Lisboa), el único transporte fluvial que sí ha permitido el río han sido las barcas de pasaje y, como mucho, las maderadas que inmortalizara el añorado escritor José Luis Sampedro.

El Campo de Montiel, estratégico por su carácter de encrucijada de importantes vías de comunicación y fuente de numerosos cauces, presenta una orogenia muy distinta a que tuvo en un origen. Según Concepción Fidalgo y Juan Antonio González (UAM), en *Geografía y evolución del paisaje del Campo de Montiel y Lagunas de Ruidera*, en el entorno de La Laguna Blanca podemos apreciar una preocupante degradación como consecuencia de la actividad humana, con su concurso de roturaciones para uso agrícola, sobrepastoreo e incendios forestales. Esta misma imagen podemos encontrarla en las excepcionales Lagunas de Ruidera pues, pese a que hoy en día constituye un espacio natural protegido, la evolución de su paisaje a lo largo de su historia ha hecho que lo que observamos hoy en día sea muy diferente; el uso de sus laderas en campos de cultivo durante la Desamortización, la introducción de especies vegetales foráneas como las choperas y las diferentes plagas de langosta han transformado por completo este paraje. Situación similar ha ocurrido con sus aguas, pues su extracción descontrolada para la agricultura, la drenadas para saneamiento del terreno y las diferentes canalizaciones y derivaciones de los cauces ha provocado un deterioro evidente de su sistema fluvio-lacustre. Situación similar podemos decir del uso del río Guadiana, fuente continua de conflictos ante la prevalencia del secano, como nos desarrolla el coordinador Francisco J. Moreno (UCLM) en *Las aguas, las tierras y las gentes del Guadiana*. Como caso concreto, el concejo de Torralba disputó con la poderosa orden de los Jesuitas los recursos hídricos del río, dado que se pretendía por un lado mantener una reserva de agua que asegurara el funcionamiento de los molinos, y por otro lado se aspiraba a ganar fuerza motriz como consecuencia de la presión de las propias balsas.

Otra transformación del terreno puede deberse a la minería, como es el caso de la *Actividad minera de Almadén en el siglo XVIII*, capítulo debido al profesor Rafael Gil. La actividad minera requería tener a mano una buena masa arbórea y arbustiva, preocupación típicamente *ilustrada*, que permitieran la entibación, la fabricación de la maquinaria y tornos y de las cajoneras, o incluso la combustión de los hornos de jabeca. Además del uso de la vegetación, era necesario el uso de las aguas, pues tanto su escasez como las inundaciones determinaban la actividad minera. Una vez más el aprovechamiento de los recursos naturales del entorno de Almadén ha cambiado mucho su paisaje, más aún si tenemos en cuenta que la actividad minera no solo se remonta hasta el siglo XVIII sino que ha estado activa hasta el reciente año de 2002, cuando el mercurio sufrió una gran caída en el mercado mundial que hizo poco rentable su extracción; amén de por su inveterada elevada toxicidad.

Otro paisaje del cual se trata en las páginas de este libro es *La deforestación del Valle de Alcudía y Sierra Madrona: Transformación del paisaje y degradación del ecosistema (Siglos XI XVII)* por el puertollanense Miguel Fernando Gómez Vozmediado (AHN-UC3M). Históricamente, los egidos y las dehesas de la importante villa de Puertollano fueron objeto de disputa a cuatro bandas entre los tesoreros de la mesa maestra de Calatrava, los comendadores y priores calatravos con intereses particulares en la Alcudía, la dignidad arzobispal de Toledo y los propios concejos y comunidades de vecinos. Esto nos puede hacer pensar que se trataba de una tierra rica y próspera, pero esto contrasta con la gran cantidad de *clamores* de sus pueblanos debido a la esterilidad del campo, la falta de agua o alimento, así como la plaga de langosta que cíclicamente sufrían, amén de la presión de los *señores de ganados*, los corcheros y las perentorias exigencias fiscales. Este horizonte se vio agravado todavía a lo largo del siglo XIX por el aumento de la presión demográfica, pues dado que tras la Desamortización desaparecieron los territorios comunales dejó de haber un control directo sobre la tierra, aumentando los incendios descontrolados en la zona. Tampoco ayudó a esta situación la actividad o rapacidad cinegética que comenzó a tener lugar en la zona a gran escala. Actualmente, el paisaje de Puertollano constituye parte de la *Red Natura 2000*, lo que permite la riqueza de sus 1.065 especies vegetales catalogadas.

Históricamente, *El paisaje agrario de la Mancha* ha estado caracterizado, en palabras del veterano catedrático Jerónimo López-Salazar, por las grandes dehesas de pasto y de labor extensivas en manos de las mesas maestras, las encomiendas y los concejos, muchos de ellos pertenecientes a las órdenes militares. Dichos terruños eran ya *proprios*, ya *comunales*, siendo éstos muy importantes al ser una complementariedad económica fundamental para la supervivencia de unos vecinos de existencia tan precaria. Ni que decir tiene subrayar la importancia del viñedo en esta región, pues si bien es cierto que originariamente no era una tierra productora de vino, desde los siglos XVI, XVII y XVIII este cultivo ha constituido la principal fuente alimenticia y comercial de la zona. Además, dentro del territorio de La Mancha, la zona de *Los Montes de Toledo*, constituye uno de los cotos de caza más importantes dentro de nuestro panorama nacional, aumentando la repercusión económica de la comunidad autónoma. Actualmente, según las investigaciones del profesor Ramón Sánchez González (UCLM) el abandono de la actividad agraria hace que gran parte de la población emigre a las capitales, sobre todo los jóvenes, contribuyendo al fenómeno de la despoblación de lo que hoy, rimbombante y acriticamente se llama la España *vaciada*. Este mismo horizonte lo encontramos en el capítulo sobre *Los paisajes históricos de la serranía de Cuenca (siglos XV-XIX)*, de Joaquín García Marchante y Cristina Fernández (UCLM), pues la que fuera tierra con gran representación de la Orden de Santiago presentaba unas duras condiciones de vida para sus pobladores. No en vano, se decía que era «tierra de víboras, donde unos se comen a otros (...) destruyendo la caza». Este hecho se vio agravado por la desaparición, de nuevo, de las tierras comunales en el proceso desamortizador decimonónico, cuando la mayor parte de estos terruños pasaron a ser de dominio particular y de pastoreo privativo.

Finalmente, el libro concluye con un capítulo titulado *El paisaje urbano novocastellano: entre el relato y la imagen*, por el doctor David Martín (UCLM), donde nos presenta la dificultad de diferenciar históricamente el ámbito rural y el urbano. Este

óbice nace del contraste de una ciudad tan excepcional como Toledo, donde por demás podían encontrarse soluciones agrouurbanas como las *vistillas*, quintas y/o cigarrales de grandes personalidades, como reflejara con enorme acierto literario el mercedario fray Gabriel Téllez; o, incluso, como la villa de Madrid, especialmente tras el establecimiento de la Corte y los órganos centrales de la administración, en donde se acometieron obras de urbanismo tales como la mayor salubridad de sus ambientes, y donde sus ciudadanos podían disfrutar de una mejor formación y mayor seguridad laborales.

Es imposible glosar todas las aportaciones de este completo libro, tan interdisciplinar como necesario para arrojar luz sobre las actuales preocupaciones sobre nuestro patrimonio histórico-paisajístico, tan emblemático en una región tan soslayada, incluso por los propios nativos, como la castellano-manchega. Un libro erudito y a la vez ejemplo de que los debates de los especialistas se pueden transferir a la opinión pública y, quizá, hacer entrar en razón a más de un responsable político.